



VIVA LA REVOLUCIÓN!

ERIC HOBSBAWM

Sobre América Latina

Editado por
Leslie Bethell

CRÍTICA

ERIC HOBSBAWM

¡VIVA LA REVOLUCIÓN!

Sobre América Latina

Edición y compilación del texto original
LESLIE BETHELL

Traducción de
ALFREDO GRIECO Y BAVIO

CRÍTICA

Primera edición: junio de 2018

¡Viva la revolución! Sobre América Latina

Eric Hobsbawm

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Viva la revolución. On Latin America*

© 2016 The Trustees of the Eric Hobsbawm Literary Estate
© de la introducción, Leslie Bethell

© de la traducción, Alfredo Grieco y Bavio, 2018

Edición de la traducción: Gabriela Esquivada

© Editorial Planeta S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-001-7

Depósito legal: B. 11165 - 2018

2018. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Los horizontes de Cuba

Si Estados Unidos no interviene militarmente la isla, Cuba será muy pronto el primer país socialista en el hemisferio occidental. Casi el 70 % de su pequeña industria, casi todos los ingenios azucareros y el 60 % de la agricultura cubana (incluyendo el azúcar) están bajo control del Estado o en manos de cooperativas, así como también el comercio exterior. Ya operan más de dos mil tiendas del pueblo, casi todas en áreas rurales, que venden bienes de consumo a los campesinos a poco más que el costo. En los últimos tiempos la velocidad de la transformación se ha acelerado, muy visiblemente, con la expropiación de la banca y de las compañías petroleras norteamericanas, la nacionalización de la industria del tabaco y la toma de ingenios azucareros, grandes tiendas y fábricas textiles.

En este proceso conviene señalar dos aspectos. El primero es el abrumador apoyo popular que el gobierno ha sabido mantener —y aun aumentar entre los trabajadores— en todo momento. Un sondeo de opinión no oficial llevado a cabo en junio arrojaba la pasmosa cifra de un 88 % de encuestados que le daba al gobierno su apoyo total o virtualmente incondicional; en el campo, la cifra subía a un 94 %; entre los jóvenes de veinte a treinta años, subía a un 91 %; en la clase trabajadora, a un 92 %. Como contrapartida, la provincia de la capital La Habana le dio «solamente» un 72 % de apoyo total y acrítico al gobierno, des-

glosado en un 73 % para los empleados administrativos y oficinistas (una caída fuerte desde 1959), y un 61 % para la clase urbana de pequeños propietarios, ejecutivos y profesionales.

Preguntados por cuáles eran los mayores logros del gobierno, un 49 % mencionó en su lista la reforma agraria, un 42 % la creación de más escuelas y la provisión de más docentes, el 37 % la construcción de nuevas viviendas, rutas, etc.; un 30 % la baja del costo de vida urbano (por medio de cortes del 50 % en los alquileres, rebajas en la electricidad, etc.), y un 57 % mencionó una combinación inextricable de cosas que se puede llamar «liberación», «beneficiar y ayudar a los pobres», «prestar atención a los campesinos», «democracia y libertad», «paz, seguridad, y felicidad para todos», «cuidar al pueblo», «gobernar bien», «hacer una revolución real, que quiebra con el pasado», «justicia revolucionaria», y así.

Cuando se les preguntaba qué consideraban lo peor que había hecho el gobierno, las únicas quejas repetidas por más del 1 % de las respuestas se referían a arbitrariedades e incapacidades en la administración de la reforma agraria (2,5 %) y el supuesto procomunismo (1,5 %). Cuando se les preguntaba qué no había hecho el gobierno, los ciudadanos formulaban una serie de sugerencias, pero una gran mayoría —34%— respondía simplemente «todo está perfectamente encaminado». A todos los que no estuvieron en Cuba, estas cifras bien les pueden parecer fabulosas e increíbles. A todos los que han visitado esa revolución notablemente alentadora y que se hace querer, los números no harán más que confirmar impresiones de todos los días.

El segundo hecho es que el socialismo claramente no era el objetivo elegido y deliberado del movimiento del 26 de Julio. Como la mayoría de los intelectuales latinoamericanos, los castrotristas originales estaban empapados de marxismo, pero la «tesis económica» del movimiento (1957) no era de ningún modo un documento socialista. Como tampoco la propaganda de la revolución enfatiza el socialismo. Se deja resumir en esta oración: «Una Cuba libre y próspera debe estar libre de imperialismo, pobreza e ignorancia». Los eslóganes que dan el tono —todas

las revoluciones producen aforismos públicos con una profusión increíble— son o bien simplemente patrióticos, como «Patria o Muerte», «Hasta la victoria total», o «Cuba sí, Yanquis no»; o vagamente propobres como «Quien traiciona a los pobres traiciona a Cristo», o antimperialistas. Sin duda los socialistas del movimiento castrista y el influyente Partido Comunista tienen en la mira y en la mente un objetivo socialista. Pero en los hechos lo que lo impulsó fue la fuerza de la necesidad práctica.

Todos los planes de mejora del gobierno requerían de una acción planificada. Las revoluciones no pueden esperar. En efecto, una amplia sección del cuerpo de oficiales del Ejército Rebelde pronto se trasmutó a sí mismo en el INRA (Instituto Nacional para la Reforma Agraria), organizando cooperativas y unidades estatales de explotación agropecuaria, construyendo casas y escuelas, administrando fábricas, planificando la industrialización y abriendo negocios. Una vez que Castro hizo el descubrimiento crucial de que los campesinos sin tierra no quieren en realidad minifundios propios, sino que pueden ser integrados de inmediato en unidades de producción más grandes, las abrumadoras ventajas técnicas de la agricultura planificada clamaban ser utilizadas y puestas en práctica. No la doctrina, sino la empiria, está volviendo socialista a Cuba.

La velocidad y la suavidad con las que hasta ahora se ha vivido la transformación se debe a una combinación de la buena suerte histórica de Cuba con la naturaleza clásicamente pura de la revolución cubana. Cuba tiene la fortuna de poseer un suelo fabulosamente fértil, subpoblado y escasamente cultivado que hace que sean posibles grandes aumentos inmediatos en la producción; así como unas comunicaciones abundantes (en especial la televisión) que pueden producir algo parecido a una democracia directa. El catolicismo es nominal, y más allá de lo habitual solo el 10% de las mujeres asiste a misa. El hecho de ser un país hispanófono le permite a Cuba recurrir con facilidad a expertos de otros países de América Latina: la mayoría de los asesores económicos más importantes parecen ser chilenos. Pero sobre todo, un siglo de monocultivo ha salvado a Cuba de los

problemas campesinos más difíciles de encarar. En breve, las peculiaridades de la esclavitud económica se han convertido en sus opuestos revolucionarios.

Al mismo tiempo, la revolución cubana no fue solo un espécimen de laboratorio único en su tipo (un núcleo de intelectuales, un movimiento de masas de campesinos), sino también una revolución que no resultó nublada por nociones preconcebidas. Mientras que muchos socialistas aceptaban la imposibilidad de avanzar directamente del latifundio a la cooperativa, Castro miró de frente los hechos cubanos. Y si bien treinta años de complejidades internacionales habían emborronado el problema del Estado y la revolución, los hombres de la sierra redescubrieron espontáneamente la solución clásica. Hasta los camareros de un café o un restaurante nos explican que Fidel Castro vio que las antiguas Fuerzas Armadas debían ser desmanteladas por completo y que el pueblo debía ser armado, si se quería evitar la parálisis de Betencourt en Venezuela o la derrota de Arbenz en Guatemala. Y así se dispersó al viejo Ejército. Una amplia guerrilla urbana (quizá, a juzgar por su aspecto, no la más formidable fuerza de combate que se haya visto) y cuatrocientos campesinos armados salvaguardan a la revolución de los exiliados y los *condottieri* caribeños. ¿Qué no daría la mayor parte de los gobiernos a cambio de sentirse tan políticamente libres, tan celosamente apoyados por las masas populares?

Tan notable ha sido hasta ahora ese apoyo masivo que las dificultades van a ser cada vez más subestimadas, en un exceso de *cubautopismo*. Y las dificultades son tanto técnicas como políticas, aunque las técnicas se verán disminuidas gracias a la obvia prontitud actual de la Unión Soviética y de China por mantener a flote la pequeña economía cubana. Después de todo, no cuesta mucho y el rédito político es enorme. No obstante, gran parte de la administración cubana es todavía un entrevero ineficiente que va a llevar algún tiempo reordenar. Políticamente el gobierno enfrenta, con un crecimiento y una orientación al socialismo veloces y en aumento, no solo la disidencia de la pequeña clase media y de los empleados administrativos y ofici-

nistas urbanos, sino también alguna oposición de trabajadores y productores rurales. Y el programa económico no abre grandes posibilidades de un aumento de los salarios urbanos en los próximos años, mientras que el bloqueo norteamericano (que afecta especialmente la adquisición de repuestos y de la mayoría de los bienes de consumo durables) se siente muy intensamente en las ciudades. Cuán rápido puede avanzar una revolución en estas circunstancias —en la medida que la situación internacional no determine sus movimientos— es el problema mayor que afrontan los revolucionarios. Aunque en todo grupo siempre hay cautos y siempre hay audaces, mi conjetura es que (paradójicamente) los castristas se inclinan por darle mayor velocidad a la revolución, y los comunistas a ser más prudentes.

Sin embargo, ninguno de estos problemas es insuperable, o demasiado serio. Ninguno de ellos tiene la capacidad para producir, en un futuro próximo, un cambio en la opinión de los cubanos en favor de una contrarrevolución, que las políticas norteamericanas han identificado exitosamente con quintacolumnismo. No existe una explicación razonable de por qué mi amigo Pepe, anglófilo, de la izquierda bevanita, refugiado español y protestante, no debiera continuar explicando a todos los que quieran oír: «Esta es una revolución buena. No hubo baños de sangre, como en España. Ya nadie es torturado, nunca más. Gozamos de la ley. Este es el primer gobierno que hace algo por nosotros y que no le miente al pueblo».

A menos que, desde luego, el mundo permita que los norteamericanos conviertan a Cuba en otro Suez.

Octubre de 1960

Viaje sudamericano

Brasil: Recife

Cualquiera que quiera saber qué es un área subdesarrollada podría empezar por Recife, capital del empobrecido nordeste brasileño: esa vasta área de unos veinte millones de habitantes que dio al país sus más famosos bandidos y rebeldes campesinos, y que aún le da un flujo imparable de migrantes internos desnutridos. Recife tiene más de ochenta mil habitantes, lo que duplica con creces la población que tenía en 1940; la mitad de ellos vive en los inenarrables ranchos y chozas que rodean cada gran ciudad de Sudamérica, entre el olor característico de esos arrabales: basura y materia vegetal en descomposición. Cómo es que viven, nadie puede saberlo. Al igual que en la mayoría de otras ciudades sudamericanas, no hay una industria suficiente que sea capaz de absorber esas oleadas de migrantes.

En todas partes la pobreza es desesperante. La población luce como si nadie hubiera ingerido una buena comida en diez generaciones: embrutecidos, encogidos de tamaño y enfermos. Al mismo tiempo no faltan signos de rebelión. Los kioscos de diarios y revistas están llenos de bibliografía de izquierda: *Problemas de la paz y del socialismo*, *China se reconstruye*, y el periódico de las Ligas Campesinas, que son fuertes en estas partes. (Pero también sobreabundan las Biblias.) El estado del cual

Recife es la ciudad capital acaba de elegir un gobernador bastante a la izquierda, en buena medida gracias al voto de los trabajadores urbanos. La población rural —descendientes de los antiguos esclavos de las haciendas azucareras y algodoneras, pequeños campesinos en el interior del estado— es en su mayoría analfabeta y por lo tanto no vota. El vigor de las ligas agrarias es desigual y no da la impresión de que últimamente hayan hecho muchos progresos, pero el potencial de la organización campesina es inmenso.

Las ligas agrarias han aprendido a hablar a los campesinos en su propio lenguaje. Se valen de los guitarristas itinerantes que conciben sus propias canciones como propagandistas, y su periódico imprime un «almanaque campesino» semanal, con los días de los santos, con sus «jornadas festivas» religiosas y laicas (como los aniversarios de las revoluciones rusa y cubana), una balada semanal, el horóscopo, consejos médicos para la salud y proverbios o «dichos famosos». Esta semana están tomados de la Biblia —aquel sobre el camello y el ojo de la aguja—, de san Ambrosio y de Fidel Castro. San Ambrosio, nos recuerda la cita, dijo que Dios creó todas las cosas para que los hombres las poseyeran en común; Fidel Castro, que los trabajadores no deben luchar solo por mejoras sino para ganar el poder. Si algún lugar del mundo necesita de tales y tan útiles consejos es esta terrible región.

Brasil: São Paulo

Es asombroso pensar que estoy en el mismo país que Recife. Se elevan altos los rascacielos, brillan las luces de neón, avanzan veloces a miles por las calles los automóviles (en su mayoría de producción nacional) en una anarquía típicamente brasileña. Pero sobre todo existe una industria capaz de absorber a las ciento cincuenta mil personas que cada año confluyen en esta ciudad gigante: nordestinos, japoneses, italianos, árabes, griegos. São Paulo es una especie de Chicago del siglo XIX: dura y audaz,

rápida, dinámica, moderna —cualquier cosa de más de veinte años es historia antigua— y corrupta. Un importante político local [Ademar de Barros], hoy muy querido por los norteamericanos gracias a su anticomunismo, solía hacer campaña bajo un eslogan encantador: «Robo pero hago». Al mismo tiempo, São Paulo es la capital brasileña del movimiento sindical militante, dentro del cual el Partido Comunista es poderoso, especialmente entre los obreros mejor organizados y más cualificados. Técnicamente, el partido es ilegal; no puede hacer su propia lista de candidatos, aunque en la práctica —tales son las complejidades de la política brasileña— algunos candidatos se promocionan diciendo que cuentan con el aval de Luís Carlos Prestes, el famoso líder partidario.

La industrialización de São Paulo —un caso único en Sudamérica— da grandes saltos hacia delante. Pero uno no puede dejar de impresionarse por la delgadez de su base. El mercado interno para la industria brasileña es desesperadamente pobre: hasta las camisas y los zapatos se venden en cuotas. No existe mercado externo. La inflación hace que la expansión continúe, pero mientras que vuelve más ricos a los ricos, empobrece a los pobres. Aquí en São Paulo, donde los obreros, para los estándares brasileños, están muy bien pagados, esto no es tan obvio, porque las grandes compañías buscan reforzar su monopolio concediendo aumentos de sueldo regulares que las firmas más pequeñas no pueden permitirse. Pero todo el mundo empresario tiene el aspecto de una pirámide invertida en equilibrio inestable. Un resultado definitivo que produjo la industrialización es una burguesía nacional confiada en el futuro de Brasil y en su capacidad para vencer a los terratenientes feudales y poder liberarse de Estados Unidos. Con este objetivo están incluso dispuestos a hacer causa común con los sindicatos y con los campesinos porque, entre todos los ricos de Sudamérica, los industriales brasileños son los únicos que no parecen temerle a la revolución social, o a Fidel Castro. Pueden ser demasiado optimistas, pero por ahora lo que les preocupa es el imperialismo y no la expropiación desde abajo. De algún modo, me recuerda a los viejos

industriales radicales de la Gran Bretaña decimonónica, que vibraban con el mismo impulso de sentir que la Historia estaba de su lado. Hasta que esa independencia del imperialismo norteamericano no se alcance, todo hace pensar que esta alianza entre las burguesías nacionales y la izquierda va a durar; pero Brasil es un país demasiado extraño como para que los visitantes casuales podamos hacer predicciones válidas.

Perú: Cuzco

Ya se ha dicho antes pero hay que decirlo otra vez: si algún país está maduro para la revolución social que necesita, es Perú. Abajo, en la costa, en Lima, están los hoteles de lujo en medio de las villas miseria, y vive la aristocracia terrateniente peruana, que vuela al sur de Francia para tomarse unas breves vacaciones; aquí arriba, en la sierra, a doce mil pies de altura en el aire diáfano, los turistas llegan en vuelos diarios para admirar las catedrales construidas por esos rufianes heroicos, los conquistadores españoles, y las reliquias del imperio inca. La mitad de la población del Perú es de indios, como los que caminan por el Cuzco, vestidos con colorida ropa artesanal, apoyando las plantas de sus pies desnudos en el barro de las calles, las mujeres con sombreros de hombre sobre las dos trenzas negras obligatorias cargando a sus bebés en las espaldas. Las agencias de turismo los promocionan como pintorescos, pero son pobres como ningún otro pueblo que yo haya visto.

Hasta donde llega la memoria del hombre, los indios han sido siervos. Cualquier terrateniente les puede pegar, o puede quitarles a sus esposas e hijas; cualquiera vestido a la europea los trata como a perros; cualquier policía o funcionario es su enemigo. Pero ahora están reaccionando. Nada más impresionante que ver cada noche las largas filas de indios, hombres y mujeres, que en silencio esperan, dentro y fuera del edificio cuzqueño de la Confederación Campesina del Perú (CCP), que las oficinas reabran por la mañana. Son delegaciones llegadas desde lejanas

haciendas y comunidades que vienen a pedir consejo, a informar de injusticias. Pocos días atrás trescientos de ellos —como ciudadanos y ciudadanas comunes en columnas compactas— invadieron la hacienda del doctor Frisancho para desviar los canales de riego que con razón debían llevar agua a todas las tierras en común. El terrateniente había movilizó a la policía, que usó gas lacrimógeno, pero los indios avanzaron, protegidos por máscaras improvisadas con harapos empapados en agua. La policía entonces disparó y mató a Clara Huaranca Puclla y a su bebé y al campesino Guillermo Huamán Huamantica. Tres policías fueron heridos, con piedras. Hay incidentes todos los días. La Confederación Campesina (ayudada por la poderosa y militante Federación Departamental de Trabajadores del Cuzco, FDTC) organizó a los indios, que por primera vez en la Historia han descubierto que la unión hace la fuerza. Los indios no están indefensos.

Unos doscientos kilómetros a lo largo del ferrocarril de vía angosta que los japoneses completan ahora, pasados los cañones y barrancos serranos hacia el largo y serpenteante valle subtropical que lleva hacia el río Amazonas, está el valle de La Convención, donde ciento diez de las ciento sesenta haciendas cuentan con filiales de los sindicatos; sus dueños han huido a Lima, dejando haciendas de hasta doscientas mil hectáreas en manos de sus intendentes. Quillabamba, la capital provincial, es amplia y polvorienta, una ciudad-mercado en estado de putrefacción unida con el mundo por los camiones que parten a las 4.30 cada mañana y regresan a la noche. Aquí tienen sus oficinas los verdaderos amos de La Convención: el Banco Gibson, Anderson, Clayton & Co., los compradores de café, etc. La policía detiene nuestro camión porque en la región hay unidades armadas de autodefensa campesina y las autoridades están tensas.

La mayoría de los campesinos no habla español, o lo habla de manera titubeante, desarticulada, con un silbante acento sibilino que hace difícil seguir lo que dicen. Por fortuna hay un carpintero local que puede ayudar con la traducción. Le pregunto: «¿Por qué han empezado a organizarse los campesinos?». «¿Por-

que son tratados injustamente, como animales.» «¿Por qué ahora?» «Porque el movimiento sindical está activo.» «¿No surgen problemas del hecho de que sea la primera vez que se organizan?» Un hombre tranquilo, de aspecto duro y rostro plano, interviene y explica con paciencia: «No, es muy simple. Fíjese, hay dos clases. Una no tiene nada, la otra lo tiene todo: dinero, poder. Lo único que puede hacer la clase trabajadora es unirse, y entonces eso es lo que hacen». Le pregunto: «Pero ¿no tienen miedo de la policía y de los soldados?». «No, ahora no», dice el carpintero. «Ya no.»

En el tren de Perú a Bolivia

Mi vecino es un joven perspicaz que lleva un portafolio. «Soy un agente de seguros; la ganadería es el principal negocio acá, así que me muevo bastante por el campo. Si usted me pregunta, esos hacendados se lo merecen. No invierten nada. Creen que porque son *dueños de vida y hacienda* no tienen de qué preocuparse. Ahora que los tiempos los golpean, corren a Lima llorando. Los indios caminan descalzos, incluso dentro de las casas de los hacendados, y duermen en el suelo, mientras que los dueños se gastan dos mil o tres mil soles por noche en una fiesta. Y ni siquiera se dan cuenta del contraste. Ahora están pagando sus errores. Ahora no hay nada que se interponga entre ellos y los indios, más que las cárceles y las tropas. Pero la situación no va a durar para siempre.»

No, no va a durar, por cierto. En toda Sudamérica los pobres y los oprimidos están reaccionando. Qué forma adoptará su despertar es algo que todavía no podemos decir. Pero a los amos les llega la hora en sus haciendas. Y cuando la hora suene habrá grandes cambios en Perú, y en toda Sudamérica.

Julio de 1963

Bossa nova

El barrio de São Paulo, Brasil, donde la industria de la música pop estableció su cuartel general resulta difícil de distinguir del barrio equivalente en Londres, salvo por los rascacielos. Idénticos personajes vivaces, sentimentales, con un aspecto ligeramente carroñero, se mueven por el mismo tipo de oficinas desbordantes de vinilos y de viejos ejemplares de *Billboard* y *Cashbox*. Pareja mezcolanza de letristas, pinchadiscos, periodistas y guitarristas llenan los bares, agarran sándwiches, hacen llamadas por teléfono y hablan del oficio. Enrique Lebendiger, el mandamás de la *bossa nova*, que ha dejado Brasil atrás en busca de los horizontes más amplios del éxito mundial en la música pop, podría ser trasplantado de la avenida Ipiranga a Londres sin que esto significara introducir en Charing Cross Road una nota que se destaque por latina.

Y en esto consiste el secreto del atractivo internacional del que goza la *bossa nova*. Es un cruce entre la música urbana brasileña y el jazz; se ha criado en el mundo de los *playboys* de la juventud dorada del Brasil y el *milieu* occidentalizado de la industria del entretenimiento de las grandes ciudades, donde los músicos profesionales tienen más oportunidades de rozarse con músicos que llegan de visita desde los Estados Unidos. Lo interesante del asunto es que, en su breve vida de cuatro o cinco años, la *bossa nova* ya ha cumplido al menos tres, y muy diferentes, funciones.

Los orígenes de la *bossa nova* se remontan a la guerra, cuando el descubrimiento de las grandes bandas de *swing* de la década de 1930, reforzado más tarde por el del jazz (en sus versiones *progressive* y *cool*), hizo conscientes por primera vez a muchos músicos locales de las limitaciones armónicas e instrumentales de sus propios grupos pop. La *bossa nova* empezó entonces en Brasil como un intento de dotar de un color más complejo y de mayor armonía a la música local: una de esas rachas de ambición musical que son tan características de la evolución de las comunidades de artesanos de la música que todo lo habían aprendido solos. En São Paulo, el mérito de la *bossa nova* no está simplemente en que tiene un acento novedoso (un nuevo sincopado y, en las formas comerciales, una sugerencia creciente de un compás nordestino que se impone sobre el ritmo de la samba, ventaja que lo hace más aceptable a los oídos gringos), sino en que, además, las progresiones de los acordes en el acompañamiento instrumental son más *educadas* que antes y precisan de mayor destreza por parte del ejecutante. Requieren *estudio*.

La nueva amalgama ganó alguna popularidad entre los bohemios de clase alta (una de las cantantes más importantes, Maysa Matarazzo, viene de familia millonaria, y uno de los compositores más destacados, Vinicius de Moraes, es un diplomático-poeta), y también en aquellos círculos donde los músicos brasileños encontraban a sus pares norteamericanos. Dicen que el nombre mismo de *bossa nova* (significa «el nuevo estilo») fue inventado por un tal Joe Carioca, que trabajó primero con la difunta Carmen Miranda y después en Los Ángeles.

El mundo descubrió la *bossa nova* gracias a músicos de jazz vanguardistas de Estados Unidos que visitaron Brasil: el primero, Dizzy Gillespie. Es revelador que el jazz de vanguardia haya incursionado en este nuevo estilo pop, algo verdaderamente muy raro. El superventas *Desafinado* (un disco sobre el cual Lebediger sostiene con sobria satisfacción que se grabaron veinticinco versiones) se vende en cifras tan fabulosas como Stan Getz y Charlie Byrd. Para la vanguardia del jazz, los atractivos del nuevo estilo eran dobles. En primer lugar proveía un notable interés

y estímulo rítmico, y en segundo, este mismo interés rítmico le permitía a uno volver atrás, después de años de experimentación armónica cada vez menos remuneradora, a soplar en el instrumento una melodía arrasadoramente agradable sin sentirse por ello un filisteo. Y había sido lo suficientemente modificado por el jazz como para que los jazzistas pudieran usarlo sin problema. De aquí el placer sin afectación con el cual caudillos de la gran marcha hacia delante del jazz como Sonny Rollins han girado hacia la *bossa nova*. Que esta combinación de un ritmo poco familiar (sin ser por completo inusual) con buenas melodías atraiga al público es de por sí una consecuencia naturalmente bienvenida.

Y así llegamos a la sede de la industria musical pop en Nueva York y de ahí, al otro lado del Atlántico. Para ellos la *bossa nova* no significa un método para apretar con mejor técnica los tornillos de la música ni una claraboya en un pozo ciego musical. Aquí la *bossa nova* es una candidata a suceder al *twist*. Es la nueva músicaailable en esta era de pop en la cual, por primera vez en una generación, el baile es el motor de la música que se pone de moda. Ahora bien, en Brasil la *bossa nova* no tiene nada que ver con la danza. Es una manera, un estilo de interpretar y de cantar. Cuando les mostré en São Paulo los esquemas de pasos de baile que las emisoras de radio han distribuido para ayudar a los oyentes a aprender el nuevo ritmo, los músicos locales estallaron en carcajadas. Para ellos, como baile, la *bossa nova* no tiene nada que la diferencie en especial del jazz.

Esto explica por qué la *bossa nova* en Brasil va a sobrevivir cuando la manía musical pierda todo frenesí en Estados Unidos y Europa, dado que la industria musical está entregada a la tarea habitual de matar por pura sobreexposición cada nueva moda que descubre. No solo va a durar, sino que se va a desarrollar. Y todo estudioso del jazz que esté de visita en Brasil observa el fenómeno con temor reverencial y con un sentido de momento histórico. Porque la *bossa nova* es la primera conquista importante de nuevos territorios por el jazz. Hasta ahora las regiones con una música popular fuertemente enraizada, poderosamente

rítmica, urbanizada y expansionista —y más que cualquier otra, América Latina— habían resultado impermeables al jazz. En todo caso, el jazz había sido influido por ellas. La *bossa nova* marca la primera marcha atrás del jazz. Quizá sea significativo que esta reversión haya tenido que ocurrir en el único país latinoamericano que parece haber entrado de modo irreversible en la moderna civilización industrial.

Diciembre de 1962